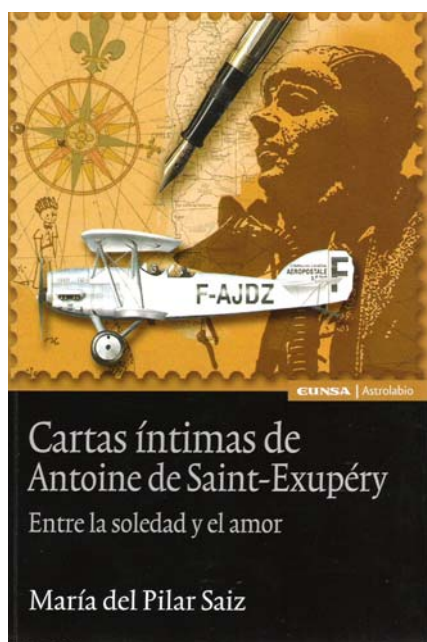


La correspondencia personal de Antoine de Saint-Exupéry*

Ángeles Sánchez Hernández

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

asanchez@dfm.ulpgc.es



En los últimos años, el auge de publicaciones con marcado carácter autobiográfico y el creciente interés de los lectores por los intercambios epistolares de personajes, no solo del mundo literario sino de cualquier otro ámbito, ya sea social o científico, ha promovido que el mundo editorial y la crítica vuelvan su mirada hacia el análisis de este género que sirve de documento testimonial para numerosas disciplinas como la historia, la sociología o la psicología.

El libro que nos ocupa se estructura en dos partes bien diferenciadas; por un lado, se establecen los fundamentos teóricos de la autobiografía y del género epistolar en el primer capítulo, donde se presenta el funcionamiento propio de la carta en el siglo XX, para luego

relacionarlos con las cartas que Saint-Exupéry escribió a sus familiares y amigos. Por otro lado, el ensayo se adentra en el corpus de análisis estableciendo de antemano el límite de su investigación, circunscrito a las cartas privadas, para tratar de averiguar cómo actúa el pacto epistolar en la correspondencia íntima del creador de *Le Petit Prince*, y poder así extraer conclusiones sobre su pensamiento. Este estudio no se ocu-

* A propósito de la obra de M^a del Pilar Saiz, *Cartas íntimas de Antoine de Saint-Exupéry. Entre la soledad y el amor* (Pamplona: Eunsa, 2007; 435 páginas, ISBN: 978-84-313-2464-3).

pa de las cartas redactadas para ser difundidas públicamente como *Lettre à un otage* o *Lettre aux Français*, ni tampoco de aquellas de carácter profesional.

Hasta ahora, el epistolario personal de Saint-Exupéry no había sido examinado con la minuciosidad que se lleva a cabo en este libro, por lo que el estudio contribuye a proyectar una nueva luz sobre el universo literario del escritor; se parte de la confidencia formulada en primera persona para desentrañar su ideología. Algunas interpretaciones de su obra, en los años posteriores a su desaparición alimentaron una leyenda de héroe nacional, pero este primer entusiasmo dio paso a otras interpretaciones de signo contrario en los años 60-70, no solo de su obra sino de su actitud existencial.

Ciertos análisis de su obra ignoran un aspecto esencial de su personalidad: su naturaleza atormentada por la trascendencia humana que se manifiesta con gran inquietud en sus últimos años. En la etapa final de su vida, muchos de sus amigos han muerto, su matrimonio naufraga, padece graves secuelas físicas por lesiones de los accidentes aéreos que le incapacitan definitivamente para realizar algunos movimientos, la situación tras la ocupación nazi de Francia le obliga a partir al exilio; estos acontecimientos ensombrecen su carácter. Por esta razón, su correspondencia se convierte en instrumento valioso para clarificar su forma de pensar, al abarcar toda su existencia desde la primera separación familiar siendo un adolescente hasta su muerte. Quizás sea tiempo de restablecer el equilibrio debido a esta personalidad literaria, acercándonos más a la dimensión de un ser humano de espíritu complejo que vivió en tiempos conflictivos para el mundo, para su país y para él mismo.

Este ensayo penetra en el principio de veracidad atribuido a todo texto autobiográfico y, en consecuencia, al documento epistolar. Para clarificar este aspecto distingue entre dos nociones: la de ficción y la de relato factual donde se integraría la carta, y establece sus conclusiones apoyándose en investigaciones de Genette, Lejeune o Cohn sobre este tema. Las aportaciones del profesor F. J. Hernández se citan también para situar la conciencia de la propia identidad y su posterior mutación en escritura como núcleo de la obra autobiográfica. En este tipo de texto, el autor manifiesta su *yo* auténtico a través del sesgo forzoso de la subjetividad porque, al adquirir conciencia de su *yo*, el escritor se distancia con ello de sí mismo y adquiere una perspectiva distinta que le lleva a *construirse* en el texto.

La problemática epistolar no termina con la demostración de la ficción o no del texto sino que existen otros elementos que se deben analizar al tratarse de un relato en el que, desde el inicio del proceso, se cuenta con un lector concreto al que hay que atraer, lo que implica un proceso de seducción. De alguna manera, en la redacción de una carta, la persona que escribe incorpora al *otro* a quien dirige sus palabras y modula su discurso en función de la reacción imaginada de ese *otro*, por la función especular propia de este tipo de texto. El género epistolar posee una dimensión onto-

lógica, como defienden especialistas como Gusdorf o Brunet, por la que el autor se proyecta a sí mismo tratando de ofrecer una imagen ideal que se convierte en verdadera para él.

Las cartas de Saint-Exupéry contienen una temática habitual de la estética intimista: la vida cotidiana, sus confidencias y preocupaciones, el amor y la relación con los demás, o bien nos hablan de la afirmación de su personalidad. Por medio de esas revelaciones, el destinatario se adentra en el alma del remitente. Saiz efectúa una rigurosa descripción de las distintas partes de la carta del escritor, desde el saludo inicial a la despedida.

La lectura epistolar supone un momento especial y trascendente para él; en su etapa juvenil, el intercambio postal sirve para reforzar los lazos de amistad al evocar las peripecias compartidas en las que se pone de manifiesto su entusiasmo desbordante. En los duros momentos del exilio, en los que sus palabras carecen de la pasada exaltación, Saint-Exupéry expresa el profundo agradecimiento por permanecer aún en el recuerdo de sus seres más entrañables. Las cartas maternas encarnan « [una] metáfora de transmisión de vida » en palabras de Saiz y suponen un verdadero bálsamo para su estado de ánimo, corroborando así la acción terapéutica que Mireille Bossis atribuye a estos escritos.

En la última parte del libro, se analizan las fórmulas de despedida, las postdadas e, incluso, las firmas que se sustituyen en ocasiones por seudónimos, desvelando al lector su sentido del humor y su ironía, mecanismo empleado en ocasiones para distanciarse de lo escrito y enmascarar su melancolía. Todos los elementos presentes en sus cartas sirven para crear la ilusión de presencia, este espejismo de realidad le ayuda a sobrellevar la nostalgia adolescente en el internado, la soledad del desierto, o bien alivia su aislamiento final. En Saint-Exupéry, la búsqueda inquebrantable de un ideal resulta esencial, pero se conoce menos otro aspecto que le acerca a una dimensión más humana, el individuo que lucha tenazmente por superar sus limitaciones, aspecto que las cartas corroboran.

La seducción que necesita el pacto epistolar para atraer al destinatario hacia sí se despliega con generosidad en su correspondencia porque se trata de un hombre que necesitaba sentirse amado por encima del reconocimiento social. Las paradojas de su carácter provocaron interpretaciones sesgadas de sus actuaciones en momentos clave, ciertos ataques le apenaron profundamente; pero las aparentes contradicciones de su personalidad encuentran explicación en su deseo de unión de *lo contrario*. La necesidad de amor se relaciona estrechamente con la duda religiosa que constituye un factor de conflicto íntimo. En sus escritos epistolares, la necesidad de llenar un vacío interior aparece de forma insistente, necesidad que también recoge su obra póstuma *Citadelle*. La palabra Dios surge en sus cartas: «Apparais-moi, Seigneur, car tout est dur

lorsque l'on perd le goût de Dieu»¹, Saiz subraya la coincidencia de varios investigadores al señalar la búsqueda de Dios como objetivo capital de este autor. Sin embargo, otros autores cuestionan abiertamente esta interpretación, como ejemplo último citaremos la tesis de L. de Bodin de Galembert². Desde nuestro punto de vista, no existen evidencias que confirmen que el dios del que él habla pueda identificarse con una confesión religiosa y no con una entidad filosófica. No obstante, sí anhela hasta sus últimos días la consecución de lo *Absoluto*, dirigiendo su mirada siempre hacia lo más elevado, pero su búsqueda queda enraizada en la Tierra; la acción de sus primeros años profesionales no perseguía la gloria sino el deseo de apaciguar su espíritu y su necesidad de comprender y encontrar una razón a la existencia humana.

Saint-Exupéry, el día que cumplía cuarenta y cuatro años, insistía a su esposa Consuelo en que le escribiera porque esas cartas traían «la primavera a su corazón» (Vircondelet, 2000: 21)³. Su vida fue una constante búsqueda de respuestas a las preguntas esenciales del hombre. Los documentos epistolares *recrean* una imagen quizás idealizada de sí mismo al presentar la proyección de su ideal, pero el escritor necesitaba las palabras más afectuosas de los seres queridos para sobrellevar su soledad; «la carta es medio de salvación para el autor» como afirma Saiz.

¹ A. de Saint-Exupéry (1955): *Lettres à sa mère*, París: Gallimard, p. 26.

² Laurent de Bodin de Galembert, *Le sacré et son expression chez Saint-Exupéry*. Tesis doctoral defendida el 22 de junio de 2006 en la Université Paris IV-Sorbonne bajo la dirección del profesor Jean-Yves Tadié.

³ Prefacio a la obra de Consuelo de Saint-Exupéry (2000): *Memorias de la rosa*. Barcelona: Ediciones B.